

ISTITUTO ITALIANO PER L'AFRICA: *Il Congresso di Trento per il centenario del progetto italiano per il taglio dell'istmo di Suez (1855-1955)*; 96 págs.

Las importantes decisiones adoptadas por el Gobierno egipcio, el pasado verano, en relación con el Canal de Suez y la resonancia adquirida por este pleito aún no resuelto, han traído al primer plano de la actualidad los aspectos más diversos relacionados con tan grave problema. Como se hace constar en el prefacio de este interesante folleto, el público «tenía la impresión de hallarse frente a un hecho imprevisto del que se ignorasen sus verdaderos orígenes y términos precisos». La realidad es muy distinta puesto que, un año antes de la crisis, el Instituto Italiano para Africa había celebrado en Trento, con la colaboración de la Universidad de Estudios de Padua y de la Región Trentino Alto Adigio, un Congreso destinado a celebrar el Centenario de la presentación del proyecto Negrilli para el corte del istmo de Suez. Con tal manifestación se pretendía no tan sólo honrar la memoria de tan preclaro ingenio, sino, simultáneamente, examinar y discutir los aspectos jurídicos y económicos del problema de Suez tratando de estimar su posible desarrollo en el porvenir, especialmente en el momento en que, al caducar la concesión otorgada a la Compañía Universal del Canal Marítimo de Suez, el Gobierno egipcio se hiciera cargo de la gestión del Canal. El texto de las más importantes

comunicaciones presentadas a este Congreso se recoge en este fascículo que demuestra la amplia visión del Instituto Italiano para Africa al haberse anticipado a los acontecimientos. Frente al problema del Canal de Suez el Congreso de Trento puso de relieve —como hace constar el Senador Teresio Guglielmone— tres puntos fundamentales: a) La necesidad de un adecuado trabajo de modernización y armonización de las diversas normas que han regulado, a través de un siglo, el régimen del Canal con el fin de actualizarlo y completarlo; consolidando los principios que presidieron su formación y especialmente el de que el Canal es vía universal de comunicación abierta a todos los pueblos, en todo tiempo y en condiciones de absoluta igualdad. b) Necesidad de una revisión de los criterios de gestión del Canal que, tomando en la debida consideración los legítimos derechos y las aspiraciones de Egipto, confiere a los países mayormente interesados no sólo la calidad de accionistas, sino también una parte proporcional en la propia gestión y en los beneficios derivados de ella. c) Oportunidad de reelaborar el problema en el marco del sistema de la O. N. U. A tales puntos debe agregarse la moción final presentada por el Prof. Gaspare Ambrosini y aprobada por aclamación por el Con-

greso, que expresa el deseo de que «sea convocado rápidamente un Convenio para el estudio de la actualización y modernización de las normas que determinan el régimen jurídico del Canal de Suez» e indica como sede de tal convenio la ciudad de Palermo en la que se hallan el Centro de Estudios Mediterráneos y la Academia del Mediterráneo. Los acontecimientos hicieron impracticable tal programa, pero el examen atento de las materias discutidas en Trento, recogidas en el volumen que comentamos, demuestra la serena objetividad y la profunda perspicacia de tan selecto grupo de intelectuales italianos. El Prof. Ambrosini verifica un denso estudio de la «reglamentación jurídica del Canal de Suez», el Dr. Sotir Introna plantea la cuestión de «un nue-

vó régimen de Administración del Canal de Suez» y el Dr. Fernando Santagata disertó acerca del «Canal de Suez: funciones y perspectivas». Estas comunicaciones, cuyo texto íntegro se incorpora al volumen, constituyeron, junto a otros 18 trabajos, el valioso material examinado por el Congreso. Compartimos la opinión del Senador Guglielmo. «Un sincero sentido de amargura nos hace pensar hoy que un más atento examen de las materias discutidas en Trento y una acogida de los votos formulados en aquella ocasión habían podido tal vez sonar, en Italia y en el exterior, como una señal de advertencia y provocar una tempestiva valuación y una orientación más serena de todo el problema de Suez.»—J. C. A.

JEAN BISSON: *Le Gourara: Etude de Géographie humaine*. Université d'Alger. Institut de recherches sahariennes. 1957; 192 págs. + XX láminas.

Es un hecho paradójico y muchas veces extraño, el de que en el estudio general de la evolución moderna de los territorios y las poblaciones de civilización musulmana se descuide tener en cuenta los indispensables antecedentes de sus desarrollos en las comarcas desérticas (a pesar de que el Islam fué, en sus principios, determinado por el desierto como uno de sus factores indispensables). En el sector arábigoafricano del Sahara, la Universidad de Argel está aportando la más cuidada y preciosa de las documentaciones, por las cuales los fenómenos del desertismo quedan encajados técnicamente como factor inicial de todos los que luego se han desarrollado en formas nacionales más extensas. Y dentro de los estudios desérticos de dicha Universidad, el reciente de Jean Bisson sobre Gurara resalta por sus características de ex-

tremada precisión. Es un trabajo que se refiere a un núcleo de cien minúsculos oasis del Sur argelino agrupados en un círculo de ochenta kilómetros alrededor de Timimun, que es su punto clave.

Demográficamente, Gurara no cuenta con más de 26.000 habitantes, repartidos en dos núcleos de idioma árabe e idioma bereber; sin que puedan aumentar naturalmente por impedirlo lo estrecho y aislado de la comarca. Pero el mismo aislamiento y la necesidad de ceñirse para la adaptación económica y social a un marco tan estricto, ha hecho que los encuadramientos espontáneos y los grupos sociológicos locales del Gurara se hayan conservado al abrigo de las grandes corrientes políticas o religiosas que han agitado el desierto y el Occidente musulmán durante los últimos siglos. Gurara es en muchos aspectos

como un museo al aire libre de usos e instituciones que antes fueron vitales para los orígenes de los países y territorios vecinos.

El libro del Prof. Bisson detalla cuidadosamente las respectivas relaciones de los sedentarios y los nómadas y el efecto de las emigraciones llegadas desde Arabia y el Nilo o desde Uazan y Andalucía. Se refiere a la paulatina absorción de núcleos antes tan diferenciados como el judaico de lengua zenete y los grupos sueltos de origen negro. Analiza la importancia que en la evolución de los oasis siglo tras siglo tuvo el carácter de sitio de refugio que Gurara y la vecina Saura ofrecieron por su alejamiento. Culturalmente se ocupa de la regresión de la lengua zenete en favor del idioma

árabe. Urbanísticamente analiza el interés de que dentro de cada aldea fortificada o «QSAR» se aglomeren en sus casas apretadas un conjunto de familia del mismo origen racial o tribal, lo cual prolonga la continuidad de la variedad de grupos humanos combinados. También se relaciona todo esto con las condiciones de la climatología desértica y la producción económica que a su vez ha influido sobre la formación de las clases sociales. Y en conjunto queda resumida la curiosa estampa de uno de los últimos restos del viejo desertismo paradisíaco. Pues sobre Gurara escribió una vez Ibn Jaldun: «¡Feliz país que no tiene que soportar la opresión de los jefes ni la desgracia de los impuestos!».—R. G. B.

PHILIPPE D'ESTAILLEUR CHANTERAINE: *L'Afrique à la croisée des chemins*. Editions de la Pensée Moderne. París. 1955; 191 págs.

L'Afrique à la croisée des chemins recuerda los rompecabezas en que el jugador puede recomponer estampas distintas, utilizando los mismos cubos. Quiero decir que básicamente esta obra utiliza los elementos ya ampliamente divulgados de la tesis oficial francesa respecto al Norte de Africa, al menos la que sustentaba en 1955, fecha de la publicación de aquella. De entonces acá, la fuerza incoercible de los acontecimientos ha reducido el área geográfica a que se refería esa propaganda limitándola a Argelia. Por tanto, sólo considero las páginas de *L'Afrique à la croisée des chemins* directa o indirectamente referidas a este territorio.

El autor no escapa a la tentación «historicista» que acomete a todos los franceses defensores de la tesis «clásica» sobre el Magreb. Y así recuerda ampliamente «el papel de los extranjeros en la Historia de los africanos:

púnicos, romanos, vándalos, etc.». Esos antecesores de los franceses, sea dicho de paso, fueron, estuvieron y... no se quedaron, salvo los árabes que se «integraron». No son, pues, ejemplos a favor de la permanencia en suelo magrebí del séptimo ocupante, Francia, aunque no sea precisamente esto lo que quiere demostrar M. Philippe d'Estailleur. No más convincentes son, en mi opinión, los capítulos dedicados estrictamente a Argelia, que no proyectan nuevas claridades sobre la faz del problema explicado por Francia. En este caso, M. d'Estailleur dispone los cubos del rompecabezas en forma tal que casi resulta absurdo el levantamiento argelino. Más, a través de sus páginas se nos antoja mero fuego accidental sobre el que soplan el panislamismo y el panarabismo. Por lo demás, para M. d'Estailleur, el nacionalismo del movimiento argelino no constituye una novedad. Y cita

un nacionalismo virulento allá por el siglo VII en Oriente Medio. Son muy interesantes estas precisiones para quienes, como yo, tenían entendido que el concepto de nación, tal y como lo define el pensamiento europeo, era glorioso hijo legítimo de la Revolución de 1789. Y hete aquí que el yerno del Profeta ya tuvo que vérselas con «nacionalistas» y en el Golfo Pérsico el laicismo hizo de las suyas en el siglo IX. Bien dice el Eclesiastés: «Nada nuevo bajo el sol». Y una de las raras novedades que quedan por ver es detener de modo definitivo un proceso de destutelación en marcha.

Sus dudas abriga acaso M. Philippe d'Estailleur a este respecto, pues en las últimas páginas de su obra sugiere la convivencia de que Francia se esfuerce en «restablecer un frente

común» contra los nacionalismos magrebíes, frente comprensivo de todos los países mediterráneos europeos —y alguno extramediterráneo— para llevar a cabo una especie de cruzada destinada a proteger a esos países de los males sin cuento que para ellos se derivaría de la eliminación de Francia del Magreb. Pero tampoco es nueva la tendencia a pedir compañía cuando las cosas vienen maldadas y noble soledad a la hora de los fructuosos repartos.

La falta de espacio me priva de seguir comentando aspectos de esta obra con cuyo contenido —excuso decirlo porque el lector lo habrá advertido— disiento notablemente. Lo que sí quiero advertir es que esta circunstancia no me impide señalar objetivamente la valía de una obra, cuando ha lugar.—C. M. E.

Un Rey y su reino: Arabia Saudí en el reinado de S. M. Saud I. Embajada de Arabia Saudí en Madrid. Madrid, 1957; 98 págs.

Casi totalmente aisladas del resto del mundo durante largo tiempo las regiones de Arabia central y del Oeste, volvieron a participar activamente en el conjunto de la vida del Oriente islámico y árabe después de que en ellas fué establecida la Monarquía Saudí. Pocos países presentan tanta conexión entre el poder dinástico y la formación nacional como el Estado que ha reunido las regiones esenciales de Arabia; primero bajo el poder del Rey Albulaziz Ib Saud y luego bajo el de su hijo y actual soberano Saud Ibn Abdulaziz o Saud I. Así, lo biográfico de Saud I se funde fácilmente con lo estatal y nacional; sobre todo porque a su iniciativa e impulso personales se deben la mayor parte de las empresas modernizadoras, en la defensa, la enseñanza, la urbanización, la sanidad, la industrialización,

los deportes, la revalorización agrícola, etc.

Con tales antecedentes resulta lógico y natural que en toda obra de conjunto sobre Arabia Saudí en su actual proceso de transformación técnica los datos sobre el Jefe del Estado se fundan con los datos generales sobre la revalorización del país. Tal es el caso del libro de divulgación que, publicado en lengua española y distribuido por la Embajada de Arabia Saudí en España, ha venido a llenar completamente una gran necesidad de información. Esta obra, que es de gran tamaño, abunda en información fotográfica en negro y en colores, teniendo además gráficos y cuadros estadísticos. En cuanto al articulado éste tiene dos partes, respectivamente referidas a la biografía del soberano y a la explicación de lo

que es en realidad Arabia Saudí. En lo primero se destacan los rasgos de la vida de Saud I, así como sus viajes y política externa de amistades múltiples. En lo segundo, después de explicarse la formación y situación, aparecen capítulos tan sugestivos como el que detalla todas las regiones y poblaciones de un país que es de los menos conocidos fuera del Oriente; a pesar de su fama como cabecera de origen del Islam. Siguen otros apartados sobre la estructura política; la educación y cultura; la preparación

militar; la política financiera; la vida comercial y riqueza minera; la labor social y laboral, etc. En la generalidad de estas materias las nociones que tenía el público de lengua española venían siendo confusas y dispersas. De aquí que la mayor utilidad del reciente libro saudí oficial y divulgador consista precisamente en facilitar un enfoque de conjunto; aunque algunos de los datos que contienen puedan estar sujetos a revisiones posteriores o a discusión.—R. G. B.

STEVEN RUNCIMAN: *Historia de las Cruzadas*. «Revista de Occidente». Madrid, 1957; dos volúmenes 368 y 504 págs.

Aunque el tema de las Cruzadas parece reservado para los estudios netamente históricos, es decir, aquellos en que ante todo se atiende a los datos retrospectivos, es en realidad evidente que también ofrece valores de ejemplo para los estudios políticos recientes; dada la fijeza del cuadro geográfico del Oriente Medio en que las Cruzadas se desarrollaron. En este sentido constituye una de las mejores aportaciones la del libro del historiador británico Steven Runciman, que recientemente ha sido traducido y presentado en idioma español. En esta obra, el esencial punto de partida ha sido tener en cuenta que la política del mundo musulmán durante sus momentos de transición del siglo XII exigía un análisis a fondo; y «es necesario comprenderla si se quiere entender la fundación de los Estados francos y las causas de su caída», según afirmación del propio Runciman.

El mayor interés que presenta el análisis de las Cruzadas y su tiempo como antecedente lejano de las trayectorias contemporáneas, se refiere a que no existe ninguna zona geográfica natural del mundo en que la

sensación del predominio de la geografía física y las condiciones políticas impulsadas por dicha geografía sea más intenso que en Próximo Oriente. Aunque dicho Oriente ha atravesado por períodos alternativos de centro en la vida internacional y otros de quedarse olvidado, en unos y otros períodos las condiciones de la vida de los Estados y las colectividades han señalado puntos de tensión donde lo actual del momento de hoy no se explica sin los antecedentes del ayer. En el Próximo Oriente el pasado nunca desaparece del todo, pues sólo cambian las proporciones y los núcleos predominantes. En la obra de Runciman, cuyo tema es la fundación del Reino de Jerusalén y la articulación de lo que fué «el Oriente franco», el hilo del relato se refiere técnicamente a la historia de las guerras y sus episodios. Pero como para escribirlo, Steven Runciman actuó sobre el mismo terreno en que los hechos se produjeron, enlazando entretanto con los ministerios de Antigüedades del Jordán y el Líbano, así como con la Compañía petrolífera del Iraq, eso ha dejado en las páginas de su obra la sugestión del espacio y el ambien-

te de Palestina con los otros territorios que se extienden alrededor y en los cuales las grandes líneas físicas se mantienen desde entonces.

Así, por ejemplo, resulta muy curioso observar cómo el reino de lengua francesa e importación exterior, que se hizo en las orillas del Asia árabe, se extendió aproximadamente por las partes donde hoy existe y actúa el Estado sionista de Israel, que es el resultado de otra acción exterior conquistadora y emigratoria. Entonces, la zona de Gaza estaba también ocupada por tropas egipcias. Había «comandos» de golpe de mano fronterizos, y existían masas de refugia-

dos. Más arriba, Beirut y los otros puertos libaneses eran apoyo del tráfico donde se establecen equilibrios entre el país del Nilo y los otros poderes. Dentro de los árabes había un sector más apoyado en Egipto, y otro más centrado en el Iraq (donde confluían enlaces árabes, turcos y persas). Existía también oposición entre los cruzados y el ortodoxo imperio de bizancio, semejante a la que en siglos posteriores enfrentó las potencias del Oeste europeo a Rusia. Al final, en el libro de Steven Runciman triunfan sobre los valores evocativos medievales los de los factores geopolíticos permanentes.—R. G. B.

J. CLYDE MITCHELL: *The Kalela Dance. Aspects of Social Relationship among Urban Africans in N. Rhodesia.* The Rhodes-Livingstone Papers, núm. 27. Lusaka, 1956; 52 págs.

«Kalela» es el nombre de una danza tribal, popular en el Copperbelt de la Rhodesia del Norte. El Profesor Clyde Mitchell, verificando una descripción de la danza, aspira a comprender el amplio sistema de relaciones que priva entre los africanos de la región. Para el etnólogo toda fiesta popular supone la afirmación de la conciencia social de un pueblo. La geografía de las danzas africanas es variada y sugerente. Una jugosa raíz popular le da frescura y sustancia. En Sudáfrica, las danzas tribales han decaído hasta ser un recuerdo de la vida urbana, constituyendo, tan sólo, un motivo de atracción para los turistas que visitan Johannesburg. En el Copperbelt, la danza es una expresión plástica de la vida africana, siquiera se halle privada de la visibilidad y aparato de las que practican los Nguni. Los Ngonde, los Nsenga, Cewa, Ngoni y muchas otras tribus tienen sus danzas distintivas. De todas ellas, la más popular es la *Ka-*

lela, descrita minuciosamente por el autor en razón de la importancia que implica el ser «una pantomima de la estructura social de la comunidad europea» tal como la interpretan los africanos. En ese sentido podría considerarse que la referida danza es un medio excelente de expresión de latente hostilidad, pero el Profesor Clyde Mitchell considera infundado todo presunto sentido satírico. El alto prestigio de que goza la vida europea entre los nativos abona esta opinión, máxime si se considera que los apelativos aplicados a los danzantes —rey, doctor, etc.— y la forma en que actúan revelan un aprecio considerable. El análisis e interpretación de la *Kalela* le sirve al autor para establecer una interesante exposición de los hondos sentimientos tribales que pueden informar el contenido social que esa manifestación implica. El estudio, verificado con rigor y competencia, resulta extraordinariamente valioso.—J. C. A.

M. PHILIPS PRICE: *A History of Turkey. From Empire to Republic*, Allen and Unwin. Londres, 1956; 224 págs., 13 fotografías, un mapa.

En la introducción a su obra, Mr. M. Philips Price traza un esquema claro y vigoroso del expansionismo ruso que, como lo muestra, no es un fenómeno derivado de la ideología comunista. De hecho, ésta sólo sirve de apoyatura, en un momento histórico dado, a un afán secular, siempre combatido por Occidente, de asomarse al Mediterráneo, una de cuyas puertas guarda Turquía. De ahí que desde Pedro el Grande «Rusia ha sido un elemento de preocupación, un cuerpo extraño en el resto del Continente». Extraño porque, heredera de Bizancio y de su sistema autocrático, ni la Reforma ni la Contrarreforma tuvieron influencia en su desarrollo, realizado según una ley propia a este país e inspirada en un mesianismo que, llámese ortodoxo o marxista, es creencia en que Rusia está predestinada a salvar al mundo: Excelente se nos imponen estas pocas páginas indispensables para que el estudio que Mr. M. Philips Price hace de Turquía esté a buena luz.

Aunque Turquía desempeñe un importante papel en los planes defensivos del Oriente Medio y el Mediterráneo, en realidad son pocas las obras de actualidad y fácil manejo que permiten hacerse una idea cabal y concreta de ese país. En *A History of Turkey*, el autor se ha propuesto remediar esta carencia. Estimamos que lo ha conseguido empleando métodos clásicos y merced a una exposición muy sistematizada y amena de los hechos y los datos.

La obra se divide en tres partes, correspondientes a otros tantos períodos bien definidos de la historia turca. La primera, titulada «La Turquía de los Sultanes», abarca desde el año 1000 d. C., hasta la entrada de Turquía en la I Guerra mundial. Acertadamen-

te, Mr. M. Philips Price sólo considera esta etapa histórica por la línea de vértices, pese a lo cual el lector logra una idea precisa de las sucesivas fases de este Imperio, idénticas a las de cualquier otro en definitiva: nacimiento, desarrollo, apogeo, decadencia y... muerte.

Pero muerto el Imperio otomano quedó una Turquía aferrada a vivir y que vivió gracias a Mustafá Kemal, padre de la Revolución Nacional y de su propia patria. Apoyándose en un factor permanente de la historia turca, cual era el ejército, eliminando en poda enérgica instituciones y hábitos que, poco a poco, habían agrotado la máquina nacional, tomando de Occidente lo que estimó conveniente — en realidad, el ropaje, pues en lo esencial renovó lo genuinamente turco —, puso en pie la moderna Turquía.

Es ésta objeto del estudio de Mr. M. Philips Price en la última parte de su obra. En nuestra opinión es la que mayor interés presenta al fin perseguido, que es dar a conocer la nación que es baluarte y puesto avanzado de Occidente en un punto importantísimo de la volcánica geografía medio oriental. La Constitución, el sistema políticojudicial, la política exterior, las fuerzas armadas, la Industria, el Comercio, etc. son sucesivamente considerados con esa precisión y reducción al mínimo de la literatura que caracterizan las producciones inglesas de este tipo. Para el lector poco o nada enterado de la realidad turca, es valiosísima esta comprensión de los datos y su ordenada exposición: nada superfluo entorpece el firme diseño del contorno de las cosas, es decir, lo esencial. Y lo esencial de Turquía, hoy en día, es la misión de baluarte que tiene que asumir,

siempre que no se vea aislada del conjunto defensivo por infiltraciones rusas en sus aledaños. Los actuales sucesos de Oriente Medio apuntan este temor, al que no alude claramente Mr. M. Philips Price.

No obstante, oponemos un reparo a esta obra. No es fundamental, pero tiene alguna importancia. A nuestro modo de ver, en su propósito de fundamentar su tesis —incontornable— de que Turquía es factor de primer orden para Occidente en su voluntad de cerrarle a Rusia el paso al Mediterráneo, el autor de la obra tiene tendencia a integrar a este país en el complejo europeo, ello desde sus albores, o sea, la fundación del Imperio otomano. Con este

fin, insiste —excesivamente a nuestro parecer— en la carga de helenismo que llevaba aquel Imperio, ello por absorción de minorías o colectividades griegas cristianas. Por otra parte, minimiza y hasta pinta casi con colores de rosa el peligro que para la Cristiandad supuso el voraz imperialismo otomano. Que actualmente Turquía, como consecuencia de una evolución muy bien expuesta en esta obra, esté impregnada de occidentalismo e incluida en la defensa de Europa no modifica el hecho de que, en tiempos, representó una amenaza comparable a la actual rusa. Pretender demostrar otra cosa, nada añade al valor positivo que nadie regatea a la Turquía moderna en la defensa de Occidente—C. M. de la E.

J. M. DE SILVA E CUNHA: *Movimentos Associativos na Africa Negra*. Ministerio do Ultramar (Junta de Investigações do Ultramar). Lisboa, 1956; un volumen de 58 págs. con nueve láminas y un mapa.

Se trata de una de las monografías publicadas bajo el título genérico de «Estudios, ensayos e documentos» (la número XXVII) por el Ministerio ultramarino del país hermano y salida precisamente de la prestigiosa pluma de uno de sus acreditados especialistas, algunos de cuyos trabajos son ya conocidos de los lectores de CUADERNOS. Este trabajo se presentó en el Centro de Estudios Políticos y Sociales, y en él, dentro de una variada base informativa —que se refleja en la selecta bibliografía que lo acompaña—, se perciben las tendencias de las escuelas sociológicas belgofrancesas, particularizadas, en lo que al Africa Negra se refiere, en los trabajos de Balandier, Maunier, Joset y Charles.

La obra es excelente, profunda y clara a la vez; sin embargo, queremos desvanecer una confusión, que puede engendrarse de una interpretación

demasiado literal del amplio título. No se trata, ni el autor se lo propone, de pasar una revista exhaustiva a todos los movimientos asociativos del Africa subsahariana, sino de presentar a algunas consideradas como más típicas o importantes; quizá pensando en el Africa occidental portuguesa. La clasificación que hace de las organizaciones que nos ocupan, sí es general: místico religiosas, mutualistas o cooperativistas o políticas (en realidad, muchas pertenecen a varios de esos tipos cuya división es difícil). Pero como decimos, de cada uno de estos grupos selecciona alguno. Así, en el primero nos presenta a los «hombres-tigres» o leopardos o panteras (del grupo anatólico), el *man-mau* (la presentación de ésta, pese a su extensión, es un poco incompleta, quizá por la unilateralidad de sus fuentes británicas) y a varias «iglesias»

(o movimientos religiosos) mesiánicas, como el kribauguismo, el m'padismo, el lasismo y la *Dutch Tower* (que muchos de los lectores conocerán mejor como «Testigos de Jehová» y no precisamente en el Africa Negra). Como mutualista presenta al animalismo y las «Lulua-Frires». Políticamente sólo hace referencia al C. P. P. de Ghana.

Lo mejor del libro son las agudas observaciones sobre las estructuras y características tradicionales de las sociedades negras, los efectos de la colonización europea, el encuadramiento e interpretación de las asociaciones estudiadas y las conclusiones generales

derivadas, en las que coincide con Joret, salvo en cuanto al laicismo educativo que acertadamente propone reemplazar por la enseñanza misional o estatal, pero confesional.

Dos correctos resúmenes, en francés e inglés, permiten la lectura del libro a las personas que dominan dichas lenguas. Afortunadamente para los españoles, el texto portugués nos es espontánea y naturalmente accesible, con lo que ganamos mucho, pues en todo el texto no hay una sola línea de desperdicio. Y aún pensamos que su autor —al que felicitamos— lo desenvolverá en una obra mayor cuando vuelva a editarlo.—J. M. C. T.

TOURIST BUREAU FOR THE BELGIAN CONGO AND RUANDA-URUNDI: *Travellers's Guide to the Belgian Congo and the Ruanda-Urundi*. 2.^a ed. Bruxelles, 1956; 790 págs. (ill)

Una guía turística, cuando está realizada con la devoción y el esmero que preside la que ahora llega a nuestras manos, puede constituir un magnífico documento expositivo de la realidad de un país. Greef hablaba, hace muchos lustros, de que «la vida es una correspondencia con el medio» y, de esto, que el conocimiento de las características naturales de un país presuponga el de sus rasgos etno-sociológicos. Ihering, coroborando y llevando a sus últimas consecuencias esa tesis, expresaba que «el suelo es todo el pueblo». Es lo que, hace más de dos mil años, preconizaba Hipócrates en Atenas. En el Congo, desde la más remota antigüedad, el género de vida de sus habitantes —determinado, en último término, por las condiciones mesológicas— ha permanecido constante en sus rasgos generales. Por muy profundos que sean los cambios provocados por la industrialización, las formas ancestrales de vida persisten por ser el producto de na-

turales armonías. En el texto de esta magnífica guía —ilustrada con centenares de fotografías en negro y color, así como abundantes mapas y planos— el capítulo consagrado a las generalidades (bosquejo histórico, sinopsis etnográfica, fisiografía, economía) nos suministra los suficientes antecedentes para confirmar esta opinión. Y la lectura detenida de este capítulo, así como de los dedicados a la descripción del país (Bajo y Medio Congo, Kwango oriental y Kasai, Sankuru, Katanga, Tanganyika, Ruanda-Urundi, Kivu, Maniema, etc.) permiten al turista, que se supone profano en tales conocimientos, forjar una idea suficientemente aproximada de la realidad profunda del Congo. Una realidad que, trascendiendo de los aspectos puramente naturales, puede implicar una aceptable comprensión de la propia sociología. La cuestión de las formas de vida social constituye uno de los capítulos esenciales de la

Antropología cultural. Cada una de tales formas es el producto de seculares experiencias desarrolladas con serena lentitud y de ellas se admiten modalidades sucesivas cuyas características están perfectamente definidas y de las cuales este volumen hace mención suficiente.

La transformación social, común a todo el Universo, repercute en las características sustanciales del hombre, afectando a su modo de ser tanto como a las modalidades de su vida. El congólés del agro, casi incontaminado de esa oleada transfor-

mista, conserva sus virtudes primitivas y su alma remota y proteiforme. Es lo que demuestra la pervivencia, por ejemplo, de las bellas danzas Bambuli, el sugerente vestido de los Baleka, o el arte primoroso de los Bakuba. Aquellos hombres lentos y calmosos piensan y trabajan bien. Y su bello país (del que en la guía se suministra una amplia información, detallándose características locales, rutas de acceso, medios de comunicación y estadísticas) se manifiesta con su variedad e interés en las páginas de esta espléndida obra.—J. C. A.

RESEÑA DE REVISTAS

